****

Los sueños del "perregrino"

Peñalba de Santiago / León

"Ves cómo el día va oscureciéndose lentamente pero no tienes ninguna luz que encender y así puedes imaginarte lo que ellos, entonces, en ese otro tiempo, pensaban y sentían al retrasarse y tener que caminar solos por la oscuridad. EL paisaje gallego es un paisaje de cuentos y fábulas, brujas y magos, de inesperadas apariciones y bosques encantados, espíritus errantes y nieblas celtas, incluso al que anda sólo un par de horas en el crepúsculo y el anochecer se siente atrapado en una quimera, el sendero no es sendero, los arbustos son caballos, y la voz que oigo viene de otro mundo". **Cees Nooteboom // "El desvio Santiago**

****

De Burgos a León en tren

León, domingo 31de Mayo-2009

El Camino de hierro

La dicha de viajar, sentirse parte de la naturaleza del Camino, se percibe nada más echarte la mochila al hombro. En la estación de Burgos observo a los primeros peregrinos mirando a un lado y a otro, distraídos, fuera de este mundo, vestidos todos por la misma multinacional francesa de ropa deportiva, la misma que llevo puesta; la mayoría tienen el pelo blanco, se encuentran en los primeros años de su jubilación y en el Camino han encontrado la ilusión de la permanencia.

No sé si es un síntoma de vejez o un signo de que este peregrino está algo desfasado, es que nada más ponerse en marcha el tren que le lleva hasta la ciudad de León, se ha puesto a filosofar sobre su futuro y es que no sabe si darle la razón a los antiguos que afirmaban, que nuestras vidas eran un lento peregrinaje de un tiempo ya transcurrido o aquellos otros que afirmaban que siempre, vallamos a donde vallamos, nos encontramos con el futuro, que no es el presente, ni siquiera es el pasado lo primero que vivimos, no; la vida, según ellos, es una actividad que se ejecuta hacia delante y que el presente o el pasado se descubren después. El peregrino después de darle mucho a la cabeza, descubre, de que todos tienen razón y que la vida, al igual que el peregrinar, es "un ir hacía sí mismo", bueno, si la salud y la suerte le acompañan hasta Santiago.

Dejamos atrás los suburbios de la ciudad de Burgos y las choperas del río Arlanzón, entrando de lleno en interminables campos de cereales que reconozco del año anterior, cuando hice ésta parte del Camino hasta León en compañía de unos amigos alemanes. Poco a poco estos campos de cereales irán cambiado el color verde por el amarillo oro, nada más el verano llame dos veces seguidas a las puertas de la primavera como ya lo hizo hoy. Toda la Tierra de Campos se extiende delante de mis ojos, a la derecha, algo alejado veo las ruinas del castillo de Castrojeriz, recuerdo un día de hace ahora un año, bajo los arcos de su iglesia, la de la Virgen del Manzano, dando fin a unas empanadillas de atún, mientras "la chispeante humedad de la lluvia" ("die sprühende nässe des regens") iba calando poco a poco nuestros pobres ánimos de peregrinos. El tren cruza el Canal de Castilla y el pueblo de Fromista, todo está en calma, en los viejos almacenes de su estación y en los silos de una fábrica de harinas las cigüeñas montan guardia. Una interminable hilera de arbolitos marca el horizonte y el lugar por donde discurre el Real Camino Francés, a lo lejos veo algún que otro peregrino rezagado que a esas horas de la tarde tendrán que hacer noche en el pueblo de El Burgo Ranero; a ellos aún les costará dos largas jornadas llegar a León, para este peregrino que viaja en tren no más de cuarenta minutos: Cargo sobre mí conciencia los padecimientos del prójimo-peregrino.

Estas caras me son conocidas, me digo, sabiendo de antemano que nunca me he tropezado con ellas, pero últimamente mientras paseo por algunas ciudades o lugares en donde nunca he vivido, creo encontrarme con gente que ya conozco y esto es lo que me sucede nada más bajarme del tren y echarme andar por las estrechas calles del Casco

Viejo de León. En los soportales de la Plaza Mayor me encuentro con mis santos difuntos, dos indigentes, indicándome amablemente donde se encuentra la Plaza del Grano y el convento de benedictinas donde tengo pensado pasar la noche.

Mientras escribía, he visto pasar a mi vecino de litera con su toalla y su bolsa de aseo, luego sin prisas abrió su saco de dormir y se ha introducido en él como si fuese un cangrejo ermitaño. Al anotar en el cuaderno todas estas cosas no sé si me volveré más cuerdo o acabaré algo más loco, tal vez estas notas me ayuden a comprender la complejidad cada vez mayor de mis construcciones espirituales y al mismo tiempo me ayuden a intuir los imprevistos que determinan la carrera de la edad... ¿Cómo es qué después de horas caminando en plena naturaleza, uno se ve a sí mismo en otra persona?... Son la nueve y pronto todo el mundo guardará silencio y con esta serie de preguntas que me hago una y otra vez, no tengo nada claro en que éste peregrino encuentre mañana su hueco en el Camino.

****

Albergue de las Reverendas Madres Benedictinas, León.

León – Villadangos del Páramo – Hospital de Órbigo

Lunes 1 de Junio-2009

El Páramo Leonés

"Y tal como Adán llamó a cada criatura viva, ése fue su nombre en adelante". Un fantástico poder de sacar a las cosas del anonimato, de darles una función y un lugar de verdad aquí en la tierra. ¿Qué sería de éste terreno yermo, raso y desabrigado que tengo frente a mí si no fuese por los nombres de sus pueblos, de los ríos y arroyos que lo atraviesan? Un desolado páramo, casi un abismo; pero ahí estaba la vida, en los nombres de sus pueblos y la esencia de las cosas que durante toda la mañana me fui encontrando.

Comencé el día pidiéndole a la monjita que servía el desayuno un trocito más de bizcocho, recordándole el dicho de "bizcocho de monja y pollo de aldeano no todos los días se tienen a mano". La monjita, amablemente, me llenó de nuevo la taza de café con leche y cortó un generoso trozo de una de las dos roscas de bizcocho que tenía sobre la mesa, mientras en un hermoso castellano que yo tenía ya olvidado, me comentó, que: "La cochura es de ayer tarde... Hecho con la flor de la harina, huevos, mantequilla y azúcar." Ella es ya bastante mayor, le gusta madrugar y servir el desayuno a los peregrinos. En el cepillo que hay junto a la puerta de salida dejé "la voluntad", tal como la hermana Isabel me había recomendado. Llené la botella de agua en el chorro de la fuente que hay en la Plaza del Grano, mientras observaba a los vencejos que entraban y salían de los aleros y tejados del convento, hasta que las campanas de la iglesia de Santa María del Camino, que se encuentra en la misma plaza, comenzaron a dar las siete, entonces sentí como una punzada en el estómago y un extraño sudor por todo el cuerpo que hizo que apretase aún más los correajes de la mochila a la cintura y sin pensármelo dos veces comencé a caminar en la dirección que marcaban la flechas amarillas que me fui encontrando.

Las aguas de un río siempre te cuentan algo de sus lugares de origen; pensé esto mientras cruzaba el río Bernesga por el puente de San Marco y al escuchar el murmullo de sus aguas deduje, que algunas de las que por allí pasaban en esos momentos habían sido nieve este invierno por tierras de Babia u orvallo en peña Ubiña allá por Asturias. Hay aguas donde el frío refulge con un color entre verde y un azul claro, son las que llevan el invierno siempre encima y esto le sucede a las aguas del río que cruza de norte a sur la ciudad de León. Una vez perdida de vista la ciudad, le llegó el turno a un tramo del Camino abandonado que no merecen la pena recordar, así hasta llegar al santuario de la Virgen del Camino, donde en un cruce una señal te informa de los 12 kilómetros que aún quedan para llegar a Villadangos del Páramo. Fueron horas a la deriva en compañía de la N-120.

Me había olvidado por completo de cómo era el canto de la codorniz; al verlas cruzar por el camino de un campo de trigo a otro, por su aspecto rechoncho y la rapidez con que desaparecían me hicieron pensar que eran polluelos de perdiz, hasta que oí su canto que repetían una y otra vez, para ser contestadas desde lejos por otras codornices. Sobre las dos de la tarde hice un alto para disfrutar de un descomunal bocadillo de chorizo y queso de tierras de la Bañeza que compré de buena mañana al pasar por el mercado central en León. Miraba a mi alrededor y todo eran campos de cereales, con algunas tierras pobre y baldías donde crecían con sus hojas espinosas y flores de un azul intenso el cardo yesquero ("Echinops reistro") y junto a ellos, con su cabecitas de plata crecían también las cabezuelas o baleo macho ("Microlochus salman"), de flores de color rosa, que por estas fechas en mi tierra eran segadas, dejándolas secar, para luego hacer con ellas pequeñas escobas, abiertas como abanicos, que servían para separar el trigo o la cebada de los restos de paja y tierra que hubiesen quedado después de aventar los granos en la era.

Acabado el bocadillo, me senté y abrí el mapa para ver el camino que aún me quedaba, y allí me encontré con sus nombres: Celadilla del Páramo, Bustillo del Páramo, Grisuela del Páramo, Matalobos del Páramo, Acebes del Páramo, Hospital de Órbigo... Empiezo a mirar lentamente alrededor y a escuchar; me fascina el viento en los campos de trigo. ¡Atención peregrinos! Esas horas de la tarde son un hito en el páramo: un grupo de pájaros en vuelo circular cantan a gran altura, el canto es melodioso y tierno, son las totovías ("Lulula arborea"), que anidan en el suelo y muestran su alegría en un día soleado como fue el de hoy. ¿Podré levantarme y volver a caminar? Mantengo los ojos fijos en los pájaros que vuelan...

Tarde y cansado a más no poder encuentro posada en un albergue de Hospital de Órbigo que lleva el nombre de Karl Leisner, un católico pacifista alemán victima de la crueldad nazi. Es ahora cuando escribo que recuerdo el hermoso día que hizo y de cómo sonaba en el páramo el canto de las totovías y de las codornices.

****

Hospital de Órnigo, siete de la tarde.

Hospital de Órbigo – Astorga

Martes 2 de junio-2009

Los otros peregrinos

Aún está oscuro y ya hay cuatro o cinco literas vacías, sus ocupantes abandonaron en plena noche el albergue. Recogido el saco de dormir y cerrada la mochila, me acerco a la ventana del comedor con un baso de café con leche que he podido sacarle a la máquina que hay a la entrada. Veo pasar al peregrino japonés que conocí en León y a su compañera de camino también japonesa, calle arriba, buscando la salida del pueblo. Llevan cómodas mochilas y gorras de béisbol, el hombre porta en el extremo de su bastón una concha de peregrino; se les ve tan felices. Nada más pisar la calle, ya les he deseado buenos días y buen Camino a un matrimonio alemán, a una pareja de holandeses, a una italiana de Trieste, a un grupo de chicas jóvenes de Corea del Sur y al tipo que no me a dejado dormir con sus ronquidos en toda la noche; sé que esto último es una claudicación, pero así es la vida del peregrino.

El cielo comenzaba a cubrirse de luz cuando me acerqué para despedirme del hermoso puente medieval que cruza el río Órbigo, que con sus interminable arcos de piedra permiten a los peregrinos no sólo cruzar el curso del agua, también toda la depresión de un cauce que la historia del río ha hecho ancho y de apacibles praderas. En las afueras del pueblo me encontré con un grupo de árboles viejos, un "Ulmus minor" que milagrosamente se había librado de la grafiosis, un par de falsos plátanos (Arce pseudoplatanus) y varios castaños que bajo sus ramas daban cobijo a toda clase de aperos de labranza en desuso, entre ellos una antigua cosechadora de color verde, parecida a una calabaza en el instante mismo de transmutarse en carroza, donde se hospedaba un perro, que por sus ojillos risueños y los movimientos de su cola me dio a entender que estaba encantado de tener una casa con vistas a la N-120 y llegada la noche, poder llevar a Cenicienta al baile de palacio.

En el camino un olor dulzón que al principio no pude descubrir de dónde venía. Terminaba de pasar el pueblo de Santibáñez de Valdeiglesias y de toparme con los primeros pinos y encinas que coronaban como penachos oteros y algún que otro cerro aislado. Los primeros treinta grados de calor del verano fueron una buena excusa para buscar una sombra, que encontré junto al arroyo de la Calzada; lo siguiente fue quitarme las botas y meter los pies en el agua fresca y allí rodeado por aquellos arbustos parecidos a rosales silvestres con flores de color rosa que desprendían un olor parecido al de las batatas recién sacadas del horno, me dispuse a disfrutar de un merecido descanso. El nombre del arbusto, "pomarrosa del norte" o rosal castellano. Tendido sobre la fresca hierba, después de haber engordado el hígado con un bocadillo de atún y aceitunas, abro los ojos cada vez que oigo acercarse algún peregrino, veo también pasar lentamente alguna nube y mi vieja memoria intenta recordar la letra de una antigua canción que he venido tarareando toda la mañana y lo único que logro recordar al contemplar las hojas de los chopos que no paran ni un instante de moverse con la brisa, son unos versos de Giacomo Leopardi, que hace muchos años leí en un libro de Unamuno en donde hablaba del poeta italiano: "Lejos ya de tu rama, / frágil y pobre

hoja, / ¿adónde vas?... Vo pellegrina, e tutto l´altro ignoro."... Oigo ladra un perro, me levanto y digo adiós al peregrino que le acompaña.

Atrás se fue quedando la tierra calma, el Páramo Leonés, más tarde aparecieron las primeras montañas y los primeros rastrojos que han dejado las máquinas segadoras. Y más pronto de lo qué me imaginaba, me encuentro con el crucero de Santo Toribio desde donde se divisa al completo la ciudad de Astorga. Busco asiento en las piedras que le sostienen. La guía del peregrino comenta que el santo tenía por costumbre acercarse hasta este lugar cuando la duda le asaltaba o al sentirse extraviado en sus quehaceres de obispo. Desde esa altura miro a mi alrededor y sólo me atrae la silueta del paisaje que ha quedado atrás, las choperas como diminutas pinceladas verdes en la inmensidad del páramo y el camino andado, cuya fuga rectilínea entre los trigales expresa la irreversibilidad del tiempo.

****

Albergue Municipal - Astorga, nueve de la noche.

Astorga – Rabanal del Camino

Miércoles 3 de Junio-2009

Por tierras de la Maragatería, del Ganso y la Somoza

La tarde de ayer me pareció tan antigua, tan fuera de este tiempo, que Astorga se me antojó una de esas ciudades en miniatura que permanecen dentro de una bola de cristal, que en el momento que la agitas comienza a nevar. Me recordó también a uno de esos relojes antiguos llenos de personajes que a determinadas horas aparecen y desaparecer con la última campanada. No lo digo por el reloj de la torre de su ayuntamiento, donde un muñeco al que todo el mundo conoce por "El Maragato" golpea con un martillo una campana dando las horas, lo vengo a decir por sus vecinos que pasean y se saludan y ese el olor a canela y harina tostada que envuelve toda la ciudad y que sale por las puertas y chimeneas de los pequeños negocios que aún quedan de las famosas mantecadas de Astorga.

"La Biblia en España", tal vez fuera el primer buen libro de viajes que leí, su autor George Borrow, un inglés que no tuvo otra ocurrencia que recorrer España de norte a sur en el año 1830 vendiendo biblias, publicando años después sus aventuras en un libro, en donde describe como nadie aquella España pobre y oprimida por siglos de fanatismo religioso y monarquías corruptas. En las páginas de ese libro fue donde por primera vez oí hablar de los maragatos, "moros-godos" les llama el Sr. Borrow: "Pude ver grupos de 5 ó 6 de estos sujetos durmiendo bajo el ardiente sol, a grupas de sobrecargados macho o mulas atravesando Castilla". En un folleto que he conseguido en el ayuntamiento de Astorga, leo, que hasta la llegada del ferrocarril la mitad del comercio de Madrid y Castilla con el Norte de España pasaba por las manos de estos osados arrieros. De aquellos tiempos y de aquellos negocios ya no queda nada y la ciudad de Astorga a pesar de tener un importante pasado romano, una hermosa catedral gótica, la de Santa Maria y el Palacio Episcopal obra de Antoni Gaudí, es ahora sólo una ciudad de paso en donde puedes encontrarte con bellos rostros salidos de un cuadro de Johannes Vermeer o figuras contrahechas propias de Pieter Bruegel; es algo extraño.

La mañana me pareció más luminosa que otras veces. Nada más salir al campo abierto, fue para mi una sorpresa el poder ver allá al fondo la Sierra del Teleno y de como el verde oscuro de sus montañas cambiaban la claridad del día según te ibas acercando a ellas. Atrás habían quedado ya la aldea de Murias de Rechivaldo y el hermoso pueblo de Castrillo de los Polvazares, cuando bajo aquel cielo recién pintado, entre cercados de piedra y los primeros campos de centeno, el Camino se fue transformando hasta el extremo de sobrecogerme, no sé si el alma misma, de lo qué sí estoy seguro, es que desde ese instante fui consciente de que había encontrado mi lugar en él.

No se divisaban grandes carreteras ni se oía el ruido de los coches, sólo la presencia de pequeños campos de cereales y de las montañas que iban creciendo a medida que te acercabas a ellas, todo ello, hacía que el espacio fuera distinto a lo largo de todo aquel silencio tan natural.

Hubo un momento en Santa Catalina de Somoza que caminé con los ojos cerrados, llevándome sólo por el tacto y el oído, quería oír mis pasos en el empedrado de su calle Real y palpar las piedras de las paredes de algunas de sus casas. Estos pueblos de toda la vida del Camino tienen un aire de abandono, como si estuvieran distraídos, pero basta con cerrar los ojos para oírles como respiran. El Ganso es otro oasis que respira para los nómadas del Camino desde hace cientos de años. Un peregrino alemán llamado Arnold von Haff, que allá por el año 1142 pasó por aquí, anotó en su diario la importancia que tenían los hospitales que había en estos dos pueblos, en donde eran atendidos los peregrinos que hasta aquí llegaban maltrechos y enfermos por una comunidad de religiosas que estaban bajo la advocación de Santa Catalina de Alejandría.

Frente a mi un bosque de robles jóvenes entre los que zigzagueaba una empinada vereda que parecía no terminar nunca, en la que me fui quedando rezagado, los dos últimos peregrinos que me adelantaron me superaban en años y en fuerzas. Yo trato siempre de de llegar de los primeros, pero la antigua mina romana de la Fucarona, el primer canto del cuco que oigo este año y media docena de castaños centenarios me salieron al paso e interrumpieron mi camino. Cuando llego a Rabanal del Camino, estoy tan cansado que todo lo visible me estorba, dejándome caer en el primer albergue que encuentro en la carretera, una vieja casona de piedra con una hospitalera inclasificable y algo trastornada que dice vivir para recomponer el tiempo perdido.

Al restaurante la Posada de Gaspar llego en el momento mismo en el qué sirven una humeante sopa de cocido maragato, que comparto con la pareja de japoneses que conocí en León, él un jubilado llamado Yukio que por primera vez viaja fuera de su país, ella se llama Reiko, lleva siete años trabajando en Alemania y ha decidido acompañar a su paisano en éste "fraternal viaje". Hablamos en alemán del aceite de oliva, del vino del Bierzo y una vez que hemos terminado la botella, hablamos de por qué hacemos el Camino: " Cuando uno peregrina lleva consigo su manera de ver la vida –dice Yukio-, sí uno es feliz el Camino aumenta la cantidad de dicha que llevamos dentro; si uno es desdichado, el Camino será "herzzerreissen" (desgarrador?)". Sabiduría oriental, la de este jubilado japonés.

" Il canto del cucú accompagni chi non dispera", el canto del cuco acompaña a los que no desesperan, me dijo la italiana de Trieste, cuando veloz como una atleta etíope se cruzó ésta mañana conmigo.

****

Albergue Municipal de Rabanal del Camino

Rabanal del Camino - Foncebadón - Riego de Ambrós

Jueves, 4 de Junio-2009

El débil sonido de un rock-and-rock

Al despertar en el albergue municipal de Rabanal del Camino, ante de la salida del sol, oigo una radio en el piso superior donde vive la hospitalera. Al otro lado de la ventana veo jirones de niebla en las farolas de la calle y en la torre de la iglesia parroquial de Santa María (s.XII), mientras en el piso de arriba Paul Anka canta "Diana". Escucho la canción sin haber salido aún del saco de dormir. Tendría yo unos siete años (1957), cuando escuché ésta misma canción mientras me cortaban el pelo. Al momento oigo la voz de una de las dos chicas lituanas que duermen en las literas de enfrente, maldiciendo, sin duda alguna, que les hayan despertado tan pronto. En total fueron cinco personas las que pernoctaron en el albergue municipal; en el pueblo hay dos más, uno privado que puso el cartel de completo a media tarde y el recomendado por las guías, el "Confraternity of Saint James", con todas las comodidades y atendido por jóvenes sacerdotes de pesados hábitos a los que no le ha dado el sol en todo el año y que a éstas horas estarán despertando a sus huéspedes con cantos gregorianos. Nuestra hospitalera sube ahora el volumen de su radio para escuchar las noticias. Alguien ha encendido la luz. El día comienza.

Con la niebla los pueblos envejecen. Me dicen que lo que veo no es niebla, que es parte de las nubes que tienen la costumbre de posarse todas las noches sobre la montaña, a más de mil cien metros de altitud, en la que se asienta el pueblo de Rabanal del Camino. Abandono el pueblo y no paro de subir hasta llegar a Foncebadón, situado a mil cuatrocientos metros de altitud y eso el cuerpo lo va notando. Cada día procuro caminar el mismo trecho, tengo un límite de pasos asignados, no más de 20 kilómetros por etapa; es ahora cuando voy conociendo por qué unos días se alargan y otros se acortan.

Me fascinan los pueblos abandonados por el desasosiego que me invade cuando estoy en ellos. Me fascinan también por su silencio, por los secretos que guardan. No me puedo olvidar de sus fuentes, de los chorros de agua que caen en los pilones de día y de noche; hubo un tiempo en que las fuentes era un punto de encuentro de vecinos y caminantes, hoy las vacas lo hacen por ellos. Podría haber estado sentado, oyendo caer el agua, toda la mañana mientras veía a los peregrinos caminando por la única y larga calle que atraviesa Foncebadón. Sólo con mirar el trazado de la "sirga peregrinal" y algunas de las casas que aun quedaban en pié, presentí mejor que en ningún otro lugar lo que significa "la eternidad de lo efímero" . En este pueblo en ruinas llegó a celebrarse un concilio convocado por Ramiro II (s.X) y un siglo más tarde apareció por aquí, para quedarse como eremita, un santo varón llamado Gaucelmo, contemporáneo de san Juan de Ortega, dedicando al igual que éste, su vida a ayudar a los peregrinos en el difícil trance de pasar los puertos de estas frías y oscuras montañas. No sé como explicarlo, aquel paisaje desolado y hermoso hizo que mi mente durante un tiempo se quedase en blanco, así, hasta que fui consciente de la inmensa soledad en que me encontraba; me dio miedo.

Es curiosa la vida del peregrino, hasta el hecho de cargar con una piedra para arrojarla a un montón de piedras, se lo toman como un acto religioso. En un momento conté hasta veintitrés peregrinos entretenidos en arrojar piedras al montón en el que se sostiene un tronco pelado de cinco metros, rematado en una cruz de hierro, la Cruz de Ferro, uno de los monumentos más significativos del Camino. Se trata de una obra colectiva donde miles de transeúntes han ido arrojando piedras desde tiempos inmemoriales. Esta clase de actos me producen alegría, con ellos se ennoblecen las religiones totalitarias.

Mientras me acercaba al montón, una grajilla (Corvus monedula) de las que viven buscando los restos de comida que los peregrinos vamos dejando, se posó sobre uno de los brazos de la cruz, quedándose unos minutos mirando a los que por allí andábamos tirando piedras, luego alzó el vuelo maravillosamente, hasta desaparecer; por un momento llegué a pensar que eran ellas las que se llevaban de allí todos nuestros pecados.

Aún se ven manchas de nieve en las cumbres del Teleno, una bella estampa que todos quieren captar con su máquina de fotos. A estas alturas se respira una atmósfera de cambio, es un paseo de cuatro kilómetros por las alturas que llega hasta el refugio de Majarín, la primera población del Bierzo, que con sólo un par de habitantes ofrecen una hospitalidad muy apreciada por los atrevidos que hacen esta ruta en pleno invierno. Comienza el descenso y el paisaje nunca es el mismo, tiene colores distintos a cada paso que se da. También la luz. Y a lo lejos hay una línea horizontal anaranjada que no llega a perderse nunca por donde deben estar Ponferradas y Villafranca del Bierzo.

Y así durante hora de caída por una vereda estrecha repleta de piedras sueltas que van destrozando los pies. El cuerpo se resiente, notas como se va cuarteando en el transcurso de este "descendimiento". Cuando llego al increíble pueblo de El Acebo, no tengo forma de saber de si continuaré o no andando. No me extraña que en uno de estos barrancos san Fructuoso montara su primera fundación monástica (s.VII); a él llegué a pedirle fuerzas para sostenerme en pié. Después de un reposado y meditado almuerzo en "La Taberna de Josefina", una hora después estoy de nuevo caminando; no tardo en arrepentirme y miro hacia El Acebo que quedó allá arriba. En las montañas retazos de la tarde que no tardará en llegar y en el horizonte anaranjado, el fin del mundo. Por suerte termino llegando a un pueblo solitario llamado Riego de Ambrós, en el que escribo esta crónica descorazonada, mientras en el la radio del joven hospitalero, que termina de instalarse un ordenado, se oye una débil música de rock-and-rock.

En estos momentos, todas las preguntas qué me hago, se reducen a esto: ¿cómo unos simples pies pueden acumular tanto dolor?

****
****

Albergue de Santiago - Riego de Ambrós

Riego de Ambrós - Ponferrada - Peñalba de Santiago - Villafranca del Bierzo

Viernes, 5 de Junio - 2009

El desvío a Santiago de Peñalba

Lo único que deseaba era observar las montañas desde la ventana del albergue, estar tendido todo el día en la litera y curar las heridas de mis pies maltrechos. Eso era lo que pensaba media hora antes de ponerme de nuevo en camino y es que nunca me ha gustado estar despierto en la cama. Un tejido autoadhesivo especial y una crema para las ampollas hicieron, que no habiendo asomado el sol aún por las cumbres que rodean el pueblo de Riego de Ambrós, me encontrase caminando por una vereda que bajaba entre castaños al valle del arroyo Prado Mangas, donde una dulce aparición me alegró la mañana, una pareja de corzos ramoneaba en un pequeño huerto de cerezos cargados de pequeños frutos rojos, que al verme aparecer saltaron sin esfuerzo la valla perdiéndose en la espesura del bosque. Con pasos torpes y afligidos continué por un estrecho camino de un desnivel tan pronunciado en que hubo momentos en que tuve que agarrarme a las ramas de los arbustos que tenía a los lados para no caer a un profundo y caudaloso río, con un nombre que lo dice todo: río de la Pretadura.

Ayudándome con el bastón y buscando un hueco en la estrecha vereda en donde colocar los pies, pude llegar, después de casi dos horas en las que no me crucé con ningún peregrino, a las huertas que preceden la entrada del pueblo de Molinaseca en donde grupos de cigüeñas buscaba su desayuno entre las hortalizas y los arroyuelos que desviados del cauce del río Meruelo regaban prados de alfalfa y campos de maíz. La entrada al pueblo se hace por un hermosísimo puente medieval que te lleva directamente a la calle Real y en la parada de autobuses que hay al final de esa misma calle, encontré un asiento en donde una vez más intenté ordenar mis pensamientos y calmar el dolor de mis martirizados pies. Frente a mi tenía la capilla de Nuestra Señora de la Quinta Angustia (s.XI) que aún permanecía cerrada; es normal que a esas horas de la mañana las vírgenes y los santos no estén para milagros. A eso de las ocho comenzaron a llegar estudiantes enganchados a sus teléfonos móviles y sin pensármelo dos veces me dejé llevar por ellos; allí estaba yo, camino de Ponferrada en un autobús lleno de escolares.

En la estación de autobuses de Ponferrada me esperaba un desayuno de los antiguos y una sorpresa. Un baso de café con leche y churros, no eran churros, eran auténticos "tejeringos"; me acodé de Manuela, la churrera de mi pueblo y de lo calentitos que estaban los "tejeringos" en aquellas frías mañanas de invierno en los que mi madre me mandaba a la plaza a comprarlos, por una peseta te daban cuatro. Y la sorpresa, fue un elemento de pura suerte; qué cómo se traduce eso en la vida de un peregrino: en un desvío.

Fuera lo que fuera, el día de hoy andaba por otros caminos. Mirando a los paisanos que se acercaban a las ventanillas a sacar sus billetes de viaje, pude ver los siguientes nombres de pueblos escritos en la parte superior de una de las ventanillas menos concurridas: San Esteban de la Valdueza, San Clemente de la Valdueza, Montes de Valdueza y Peñalba de Santiago. Al abrir la cortinilla me fijé en la cara sonrosada de la señora que expedía los billetes, era como la de esas matronas exuberantes que Federico Fellini solía sacar en sus películas. Al apoyarme al mostrador noté el aire perfumado de

agua de rosas y de como ella ponía suavemente una de sus manos sobre su pecho, cerca del corazón, para preguntarme: ¿A dónde quiere ir el señor?

A Peñalba de Santiago, donde en algunas de sus casas de tejados de pizarra no les falta un huerto sembrado de patatas, donde en junio aparecen las primeras ciruelas maduras en los ciruelos que asoman por las tapias de sus corrales, donde las zarzas llenas de moras te avisan de los hogares en donde ya no encienden la lumbre en invierno... Más de veinte años hace que visité por primera vez el Valle del Silencio y éste es el recuerdo que mantengo de él. El escritor holandés Cees Nooteboom en su libro "El desvío a Santiago", nada más comenzar su visita a las montañas de la Valdueza, advierte al lector, que "la belleza no quiere ser descrita". Y es que la vista que desde la ventanilla del autobús tiene el pasajero de esos humildes pueblos, con sus tejados de pizarra negra y esos bosques de castaños viejos que les rodean, te dejan sin palabras.

Leve como una pluma, sin sentir mi cuerpo apenas, hice el viaje en autobús hasta el pueblo de Montes de Valdueza, un autobús que hace ese mismo recorrido tres veces por semana, veinte kilómetros siguiendo el cauce del río Oza, que según avanzas se va abriendo a izquierda y a derecha en estrechos valles en donde hay pequeños pueblos en los que la melancolía ha recuperado definitivamente su alma o mejor dicho, su eco perdido. En ellos no hay añoranza, es la vida misma la que se ha disfrazado de sueño. Eso se ve ya en el pueblo en donde el autobús hace su primera parada, San Esteban de la Valdueza, con sus techumbres de pizarra donde crecen el musgo y pequeños helechos, que en una mañana soleada como la de hoy se estaban quitando la humedad que les quedaba del invierno, haciéndoles resplandecer como una cadena de plata. Siguió el autobús su marcha por una cómoda y estrecha carretera (LE-161), en donde los castaños, arces y robles se enmarañaban cayendo unos en brazos de otros hasta que llegamos a un recodo desde el cual se divisaba la iglesia y lo que queda del monasterio de San Pedro de Montes. Me encontraba en el mismísimo Valle del Silencio y no podía perderme la oportunidad de sentir y ver lo que durante cientos de años sintieron y vieron anacoretas y santos, así que baje en el pueblo de Montes de Valdueza que me estaba esperando envuelto con sus ropajes del verano.

"Es un lugar parecido al Edén y tan apto como él para el recogimiento, la soledad y el recreo de los sentidos", esto escribió sobre este lugar un anacoreta llamado Valerio (s.X), santo como el abad Genadio (s.IX) otro de los fundadores de este monasterio. Apoyado en una ladera desde la que se puede oír el rumor de las aguas que bajan por el río del Silencio, lo que queda del monasterio no tiene la rigidez ni el peso de las catedrales y monasterios que hasta ahora he conocido, este de San Pedro es como una vieja y sufrida barcaza de río preparada para navegar en el mismo instante en que Dios se lo pida. El pueblo se le ve desvalido y pobre, listo para ser borrado del mapa cuando el último vecino apague la luz y se marche.

Continué por el antiguo camino de herradura que une Montes de Valdueza con Peñalba de Santiago, un sendero milenario de apenas tres kilómetros en donde las sombras de los árboles, el rumor del agua y canto de los pájaros aclaran y serenan los pensamientos. En ese corto tramo del río del Silencio, monjes y anacoretas practicaron la sabiduría y cultivaron la paz de la mente.

Ellos buscaban la verdad y ésta se convertía en el estado de ánimo de su existencia. Y éste peregrino pecador, nada más entrar en Peñalba de Santiago, al primer vecino que encontró sólo se le ocurrió preguntarle por un lugar en donde tomar una cerveza y un modesto plato de comida. De paso, le di la enhorabuena por su exuberante bancal de patatas. Una cerveza y un plato de comida en un lugar tan apartado y olvidado como éste, tienen un verdadero valor global y universal.

Y justo en frente de la taberna-farmacia-tienda-restaurante, una de las joyas del mozárabe español, la iglesia de Santiago de Peñalba, de Santiago porque en un tiempo el Camino transcurría por éstos santos lugares y de Peñalba por que la iglesia como todo el pueblo están sobre una peña de pizarra perlada y de cuarcita que le hacen brillar con el sol. Es un lugar fascinante. Su iglesia mozárabe es lo que queda del cenobio que fundara san Genadio (s.IX) ayudado por monjes cordobeses que habían huido hasta éstas montañas; es un pequeño rincón de la Mezquita de Córdoba. Su maciza y tosca geometría exterior se abre para el viajero por una doble puerta árabe, rematada por un arco ciego, su interior es de una delicadeza absoluta. "Se donde estoy, en el dominio del sueño", dice Nooteboom cuando habla de la pequeña y solitaria iglesia de Peñalba.

Van a dar las dos y la joven universitaria que durante todo este verano atenderá a los visitantes, cierra con una enorme llave la puerta de entrada; hasta las cinco de la tarde no volverá abrir. El calor de mediodía golpea tan fuerte que me lanza directamente al interior de la taberna, en donde soy atendido amablemente por una mujer y su joven hijo. Una vez elegido el plato le digo al joven aquello de: "Mozo, dame de beber, que huevos quiero comer". George Borrow en su divertidísimo libro, que ya comenté en la etapa de Astorga, al llegar al capítulo de la cocina española habla de los humildes huevos fritos con jamón y chorizo, él lo consideraba un plato exquisito. Los huevos eran de corral y el chorizo de un pueblo cercano a Cacabelos, de donde también era el vino que servían de la casa. ¡Que día más completo!

Debajo justo del doble arco árabe de la entrada a la iglesia descansa un perro, es un perro de gran tamaño que ha decidido dormir la siesta en ese soleado y bello rincón. En la fachada contraria a donde el perro duerme están las tumbas de dos peregrinos y la de un monje de Cluny, ellos llevan casi mil años sumidos en un sueño tranquilo y reparador, que con el calor de la tarde prolongarán sin dudas otros mil años más. Desde el prado de tréboles y margaritas donde aparcan los coches, veo venir el autobús: Abro los ojos y miles de insectos sobrevuelan los prados, las calles del pueblo y los barrancos en donde a esas horas se van acumulando los silencios de toda la vida.

****

Villafranca del Bierzo - Hostal "La Charola"

Villafranca del Bierzo - Trabadelo

Sábado, 6 de junio - 2009

El hermano gemelo de Daniel Cohn-Bendit

Si alguien hoy me hubiesen preguntado en el camino, qué recordaba de Villafranca del Bierzo, yo le habría respondido "cerezas abelleiras" y "claudias reinas". ¿Y por qué no hablarle de la iglesia de Santiago en donde los peregrinos enfermos pueden ganar el jubileo entrando por su Puerta del Perdón, sin necesidad de llegar hasta Santiago de Compostela? No habría sabido qué decirle. Le podría haber hablado sobre los castaños centenarios, solemnes como catedrales que había en sus jardines. Y es, que ayer usé todas las palabras que conozco para describir la belleza y hoy no me encuentro con fuerzas para repetirlas. Hoy me apetecía hablar de los árboles y sus frutos.

No había casa, huerto o jardín en Villafranca que no tuviese uno o dos cerezos cargados de pequeñas cerezas maduras, "cerezas abelleira" les llaman por tener un sabor agridulce parecido a la "herba abelleira", que no es otra hierba que la "Melissa officinalis", "toronjil" le dicen en Córdoba y en Sevilla. Cerezas que saben a limón y ciruelas claudias de un porte tan majestuoso que les llaman "reinas". Aún me dio tiempo a comprar dos bolsitas a un vecino que las vendía a la puerta de su casa, ayer, nada más bajarme del autobús procedente de Ponferrada.

¿Por qué volví a usar el autobús hasta Villafranca? El motivo, unos pies maltrechos y el no tener que caminar por un paisaje aniquilado, en donde uno no puede permanecer sereno por mucha fuerza de voluntad que ponga. Los 22 kilómetros que separan Ponferrada de Villafranca son un continuo trasiego de carreteras, polígonos industriales, residuos de antiguas minas de carbón y urbanizaciones en donde los perros no paran de ladrar a los peregrinos. Fue apearme del autobús que me traía de Peñalba de Santiago y montarme en el que estaba a punto de salir para Villafranca. La naturaleza y los pequeños pueblos son mis proveedores de ideas. Muchas veces me digo que ese encariñamiento que tengo por las cosas del campo y los pueblos medio abandonados debe ser un signo de envejecimiento precoz o talvez un tipo raro de alergia pendiente de catalogar. Bueno, pongámonos serios, estamos aún en primavera y este peregrino está dispuesto, una vez más, a poner algo de alegría en su corazón.

Como era sábado decidí no moverme de la cama hasta después de las ocho, luego me fui a pasear por la ciudad, entré en el mercado y desayuné tranquilamente en uno de sus bares, escuché las chillonas voces de las mujeres que vendían el pescado, observé la tranquilidad pasmosa con la que un zapatero recomponía las suelas de unas botas de señora y a las dos chicas que vendían pan, pasear orgullosas su belleza entre magdalenas, ensaimadas y hogazas de pan de centeno. Así debe ser como perdura la vida, con todas sus pequeñas cosas, eso fue lo que me dije. Di las gracias al camarero, me coloqué la mochila y por la calle Concepción me fui a buscar la carretera N-VI; eran las 11: 30 h. de la mañana .

El viento empujaba a las nubes en el trozo de cielo que se veía desde el profundo y estrecho valle del río Valcarce por donde serpentea el trazado de la antigua N-VI, que va subiendo hasta entrar en Galicia por Pedrafita do Cebreiro y que desde que abrieron la autopista A-6, que está a su costado, se ha convertido en un itinerario tranquilo y sin apenas tráfico. Algunos despistados y amantes de los deportes de riesgo siguen utilizando el antiguo trayecto del Cerro Real, un trozo del Camino temido por su dureza por los antiguos peregrinos. Durante el recorrido por la N-VI, están siempre presentes las aguas del río Valcarce y a un lado y a otro bosques de encinas, robles, retamas en plena floración y hermosos castaños.

Mágico es el soto de castaños y cristalinos los arroyos que rodean la solitaria aldea de Pereje, en donde una buena mujer que andaba por allí echándole de comer a sus gallinas se ofreció a llenarme la botella de agua. Al comentarle la tranquilidad que había en el pueblo al no pasar ya camiones y apenas coches por la carretera, me respondió con una frase que me dejó como un verdadero tonto de ciudad: " Ahora esto es tierra de nadie, es sólo un camino de alimañas". Me despedí de ella dándole las gracias y la enhorabuena por los dos hermosos perros mastines que tenía atados junto al gallinero.

Él se llama Miguel y ella... A ella la llamé Lolita nada más verla sobre una tumbona tomando el sol, con gafas oscuras y un traje de baño hecho a su medida. Ella era la Lolita de Kubrick, él era un hombre ya maduro, pelirrojo, con el pecho y los brazos tatuados. Era un tipo fuerte que recibía con energía a los peregrinos que íbamos llegando al albergue municipal de Trabadelo, si los recién llegados eran mujeres les preguntaba con amabilidad por su lugar de origen. Ella era una rubia peregrina, a la que el hospitalero pelirrojo le había permitido quedarse todo el tiempo que necesitara, hasta recuperarse de una leve torcedura de tobillo. Después de una ducha reparadora bajé a conocer el pueblo y de paso localizar un lugar en donde comer, ella estaba allí, bajo una sombrilla, con una camisa blanca escotada, sin zapatos, leyendo un libro de Isabel Allende en francés, mientras pinchaba con el tenedor hojitas de lechuga y trocitos de tomate que él le había preparado en un plato. En la misma mesa una gran jarra de cerveza y un entrecot al que el pelirrojo le había ya hincado el diente. Llegó la tarde y con ella la hora de la tertulia; él se rodeó de un grupo de alemanes de ambos sexos a los que les encantaba la cerveza y a los que reprendía en un perfecto alemán de beneficiarse de las ventajas del Camino sin aportar nada a cambio y ponía como ejemplo al humorista de la televisión alemana Hape Kerkeling, que había vendido un millón de ejemplares de su libro sobre el Camino de Santiago, se había hecho millonario y ahora, si te veo no me acuerdo. Un tipo fuerte éste hospitalero, al que los alemanes fueron poco a poco dando de lado. Ya en español hablamos de otras cosas. Había recorrido todos los mares, había ido a sitios que no aparecían en los mapas. En un momento de su relato, le recordé el gran parecido que tenía con Daniel Cohn-Bendit, el héroe del Mayo del 68 francés. ¡Que le dije! No tardó en sacarme una fotografía en la que se le veía joven con el pelo largo y rizado como los héroes griegos, tirándole piedras a los gendarmes franceses en la ciudad de Caen, en donde estuvo retenido su barco durante todo el tiempo que duró aquella revolución: "Puede -¿quién sabe?- que vuelvan aquellos días, para arreglar éste mundo de estafadores".

Eso se lo oí decir a Miguel, marinero en tierra, mientras la rubia Lolita pasaba una página más del libro que la traía ensimismada.

****

Albergue Municipal de Trabadelo

Trabadelo - Vega de Valcarce - La Laguna - O Cebreiro

Domingo, 7 de Junio - 2009

Los Ancares

"Mañana vai chover". Amaneció despejado y en el cruce de la N-VI, cara al pueblo de Portela, donde mismo comienza la calzada que asciende hasta el Cebreiro, nos salió el sol para no abandonarnos durante toda la mañana; fue ya tarde, cuando por el oeste aparecieron estas nubes espesas que trajeron la lluvia. Ahora llueve y desde la ventana del pequeño albergue de La Laguna, veo pasar resignadas a un grupo de vacas lecheras camino de su establo. La mujer de edad que tomaba el sol con su bata y zapatillas de andar por casa junto al albergue de Trabadelo, no se equivocó.

El sol de la mañana se levantó con el canto de las golondrinas, haciendo resplandecer toda la espesa maraña verde de castaños y robles que cubren el camino de Trabadelo hasta el cruce de Portela en donde la A-6 y la N-VI se encuentran por primera vez; allí uno se encuentra con un descomunal parking lleno de camiones, una gasolinera, un club de alterne llamado "The little room" y un bar-restaurante parecido a una cantina del viejo oeste de nombre "Nova Ruta". Nunca me imagine que alguien pudiera pedir truchas con jamón y dos huevos fritos para desayunar; una vez hubo terminado, con su gorra inclinada sobre la oreja y su camisa de algodón, el camionero se quedo largo rato pensando mientras le preparaban un café bien cargado y una copa de orujo. Reconozco que en mi juventud más de una vez deseé ser un tipo duro como él, pero ahora sólo me apetece desayunar algo ligero y dulce, acompañado de música de Brahms o de J.S. Bach.

Las vacas sin embargo prefieren los prados verdes y soleados, coger el trébol con ternura entre sus grandes dientes, sacudir la cabeza, espantar las moscas con el rabo y de vez en cuando quedarse fijamente mirando el Camino y a los peregrinos; pienso que lo hacen para saber algo más de la vida. No deben ser las vacas, pero alguien está gritando mi nombre. Me levanto a saludarlos, es la pareja de japoneses que conocí en Hospital de Órbigo y a los que no había vuelto a ver desde Rabanal del Camino, se les ve alegres, vienen desde Villafranca de donde han salido muy temprano, vienen sin mochilas, que recogerán en el Cebreiro en donde ya han reservado habitación en un hostal. No paran de hablar de la belleza de las montañas que nos rodean; les hago saber que estamos en los Ancares y que en octubre del año pasado, cerca de Portela un camión atropelló a un oso. Cuado los veo marchar, me da por hacerle haikú al pobre oso: Perdí mi rumbo / pensando / que los caminos eran de todos. Quise añadirle un par de versos más, pero viendo la marcha que llevaban los japoneses, decidí dejarlo para otro día.

El bosque de castaños y de robles que venía cubriendo la calzada desde Trabadelo, desaparece nada más llegar al pueblo de Ambasmestas, en donde los peregrinos cruzan por última vez el río Valcarce, que es ya casi un arroyuelo en el que crecen la coronaria roja (Lychnis diurna) y los jacintos silvestres. Desde el mismo puente se puede ver como las montañas se abren permitiendo que el estrecho valle se ensanche y se acomode, permitiéndoles a los vecinos de Vega de Varcarce, Rutilán, San Julián y las Herrerías tener sus huertos y prados bien distribuidos, en cuyos márgenes florecen el

espino majuelo y los perales silvestres. En uno de los huertos hay un enorme manzano de flores blancas, es casi como una gran nube, que los dos amigos japoneses no quieren olvidar, sacándole fotos desde todos lados. Hay una fuente en el pueblo de Ruitelán de agua tan fresca y agradable que te gustaría llevártela consigo, a su alrededor revolotean mariposas y abejorros y alguna que otra golondrina que aún no han terminado de hacer sus nidos. Y el culpable de tanta alegría, no es otro que el sol de junio, que anda por ahí perezoso haciéndose dueño de todo lo que toca.

En las Herrerías oigo catar al cuco una y otra vez, "ese agorero señor de la voz amarga" como le llamaba el poeta Willian Blake, se burlaba de los peregrinos que se disponían a subir el temido ascenso hasta el pueblo de O Cebreiro. Son ocho duros kilómetros que si te los tomas con calma disfrutando del paisaje, son toda una fiesta. Parecía que todos los peregrinos que había a cien kilómetros a la redonda se habían dado cita hoy en ese lugar, unos en bicicleta, otros que llegaron en autobús hasta Vega de Valcarce y que pasaron cantando en alemán, dos irlandeses que han decidido hacer éste tramo descalzos y los que como el pájaro cuco prefieren ir a su aire viendo como pasa a su lado tamaña procesión. Aún se podían oír los latines litúrgicos que llevaban unos italianos que me habían adelantado, cuando llegué a la bellísima ermita románica de san Andrés (s.XII) en la Faba, en donde reinaba el más absoluto silencio, sólo roto por el chisporrotear de las velas encendidas que habían dejado los peregrinos que por allí habían pasado con anterioridad.

Todo el pan de las aldeas de la Faba y de la Laguna, pan de centeno antiguo, aún estaba por segar; más tarde me entero, que las pequeñas parcelas donde crece el centeno sirven sólo para arreglar los techos de paja de las pallozas, viviendas de origen celta, de planta circular, paredes de piedra y techo de paja de centeno. En la Laguna conté cuatro pallozas, una de ellas de gran tamaño y que hasta no hace mucho fue usada como vivienda por sus propietarios, que ahora regentan el único albergue para peregrinos de este pequeño pueblo de dieciséis vecinos. La gente de la ribera del Valcarce, de la Faba y la Laguna, tienen el hablar claro y antiguo de gallegos y portugueses, hablan bajo y pausado quizás por que gustan que se les entienda y son de buen trato con sus huéspedes. Oír hablar en gallego a los niños de esta aldea de la Laguna, último pueblo de Castilla (?), es de una belleza y dulzura conmovedora.

Primero fue una espesa niebla que traía consigo los aromas del Atlántico, luego un relámpago que crujió como un látigo por éstos profundos barrancos y a poco gruesas gotas de lluvia que hicieron que pidiese posada en la aldea de la Laguna, a tres escasos kilómetros de O Cebreiro y a 156 de Santiago de Compostela. Veo pasar las vacas y a los niños que juegan con los perros mastines que las vigilan en el monte. Las vacas van por donde va el camino peregrino, huele a boñiga fresca, a orín y a ozono después del último trueno que asustó a los niños. "De primero tenemos caldo gallego". No hay que despreciar lo que te ofrecen.

****

Le chemin de St. Jacque / La Laguna - León

La Laguna - O Cebreiro - Padornelo - Triacastela

Lunes, 8 de Junio - 2009

Tenía algo de ángel

La posada-taberna de la Laguna tiene ventanas de doble cristal por que los inviernos son largos y muy fríos. En el marco de la ventana donde están las fichas de dominó y las barajas de cartas usadas por mil manos, había ésta mañana un jarrón con unos ramitos de lilas y un par de rosas recién cortadas. Cuando levanté la vista me encontré ese mismo ramo reflejado en cristal de la ventana como si estuviese suspendido en el aire, al principio no entendí por qué lo veía así, flotando en el aire; no tardé en darme cuenta de que al otro lado de la ventana, en la calle, había una espesa y oscura niebla que había hecho del cristal un espejo. Ayer me impresionaron por su tamaño los dos lilos (Syringa vulgaris) que había en la parte más soleada de la ermita de san Andrés en la Faba, pero la sorpresa me esperaba en la Laguna, junto a una palloza, enfrente mismo de un establo donde rumiaban tranquilas una docena de vacas, allí estaba el lilo más grande y hermoso que jamás he visto, su voluminoso ramaje lleno de flores violetas que en algunos punto superaban los cinco metros de altura, tenía como apoyo de sus ramas a un viejo carro de madera, la pared y el techo de paja de la palloza. Fue estando bajo sus ramas y observando el rumiar tranquilo de las vacas, que me acordé de aquel relato de John Berger, donde se dice que el aroma de las lilas no dista mucho del olor de las vacas en el establo: "Ambos huelen a paz e indecisión".

Dentro de la niebla había una lluvia oculta que obligó a los peregrinos que salíamos del albergue a sacar de las mochilas los impermeables. Era una lluvia fina que no sabias por donde venía, te calabas hasta los huesos y no te dabas cuenta. ¿Era esa su estrategia? Una vez estás en la niebla y las del Cebreiro a 1400 metros de altitud son famosas por su densidad, hay que mirarla un largo rato y hacerte parte de ella, oír los ladridos de los perros, las voces y el ruido de las esquilas de las vacas que pastan en las brañas hasta lograr distinguir el camino correcto del falso. No se lograr ver del todo si el ojo que traes de la ciudad no se amansa. Los tres primeros kilómetros tuve que caminar despacio, casi a tientas, buscando las flechas amarillas para no perderme. Cuando llegué al alto del Cebreiro la niebla había desaparecido y el paisaje estaba llenó de árboles y de anchos prados de un verdor lujurioso y limpio. Con ese paisaje comienzan los días gallegos del Camino.

La calzada sale a la carretera y va descendiendo llevando a la izquierda la Sierra del Ouribio y a la derecha la de Rañadoiro. Hago una primera parada en el pueblo de Liñares que está en un alto, rodeado de prados donde pastan libres ovejas y vacas que se mezclan con los peregrinos que han salido por docenas y al mismo tiempo del pueblo del Cebreiro. En el otoño de 1962 el escritor gallego Álvaro Cunqueiro recorrió éste mismo tramo en compañía de un amigo, haciendo un alto en el Cebreiro. El pueblo estaba vacío, solamente se escuchaban voces en unas casas que estaban junto a la carretera, cuando llegaron encontraron a unas mujeres que al verlos con las cámaras de fotos, les preguntaron si eran los que venía arreglar la carretera, al decirles que eran peregrinos, se les quedaron mirando desconfiadas, añadiendo: "Fai dous annos que pasó un".

El orvallo, esa lluvia fina y suave que cae por estas tierras es la compañía perfecta para caminar e ir mirando las cosas con calma. Una maravilla. Todo se mueve despacio, los pájaros que vuelan, el ganado que pasta, los peregrinos que gesticulan y hablan mientras caminan como si fuese un día de sol. Esa lluvia fina es uno de los misterios del Camino, te permite mirar y a la vez sentir como ese agua que te humedece la cara y las manos te va llevando poco a poco a una especie de ensueño o de trance que desaparece con la primera ráfaga de viento. Me preguntaba cómo vivirían los habitantes de los pequeños, casi diminutos pueblos que desde el alto del Padornelo se veían en las laderas verdes y lejanas de la Sierra de Piornal, también observé a unos kilómetros de distancia como avanzaban unas nubes oscuras. Cuando alguien dijo, ¡Mirar eso! Ya las teníamos encima y con ellas un descomunal chaparrón que hizo que recordara la durísima etapa de Zubiri a Arre, en donde la lluvia, los truenos y el frío acabaron con aquel hermoso trío de "cristianos viejos" que habían comenzado en Roncesvalles, reduciéndolo a un par de conversos que como pudieron lograron llegar hasta Logroño.

Allí estaban los mismos peregrinos que el día anterior bajaron de un autobús en Vega de Valcarce, agarrados unos a otros para no ser arrastrados por el viento, queriéndose fotografiar junto al monumento al peregrino que hay en el Alto do Poio. No hay quién pueda con estos jubilados de Saarbrücken acostumbrados a trabajar duro. Siento como la capucha del impermeable me sacude las orejas y como se me erizan los pelos con un relámpago seguido de un trueno que provocan una estampida de jubilados alemanes, que no tardan en desaparecer dentro del autobús que los lleva a Santiago. Luego vuelvo a la calzada y comienzo a descender en dirección a Triacastela; se agradece que el impermeable te proteja del agua que está cayendo y del aire frío que le acompaña. Los pájaros con este viento se vuelven locos.

Durmió en el suelo, durmió en un pajal, en Bretaña durmió sobre sacos de manzanas cuando iba como peregrino a Santa Ana, durmió en chozas, en un castillo cuando fue como peregrino a Rocamador, durmió en Triacastela y bajo un árbol cuando iba como peregrino a Santiago. Durante días le había llovido, así se lo cuenta a sus amigos en una carta que les envió desde Triacastela. El peregrino se llamaba Germain Nouveau (1851-1920). "Era un gran poeta, lleno de humor y fantasía. Llegó a Triacastela y encontró albergue en una posada y sentarse en la cocina, junto al fuego", escribió Álvaro Cunqueiro para el Faro de Vigo en el otoño de 1962. "En su escaso castellano se hizo entender, que era poeta y hacía canciones. Un viejo que estaba sentado a su lado le pidió que recitase alguna. Y el poeta las dijo, varias, mirando al fuego que ardía ante él. Las dijo en francés, claro está, pero los que estaban allí lo entendieron". Tiempo después Álvaro Cunqueiro vuelve a Triacastela y encuentra la posada, por la descripción que Germain Nouveau hacia de ella en la carta que mandó a sus amigos, y el viejo posadero aún recordaba aquel singular peregrino que había pasado por allí hacía ya más de cuarenta años. Por la posada de la familia Quiroga, que hoy cuenta con Internet, que me permite encontrar y leer "La chanson du Troubadour", canción que sin duda alguna aquel día cantó para los huéspedes de esta casa: "Sans amis, sans parents, sans emploi, sans fortune... Et rien me vêtir que déjeuners de lune".

"Tenia algo de ángel, de ángel desterrado", dice que le dijo el posadero Quiroga

****

Casa Quiroga - Triacastela

Triacastela - Balsa - San Xil - Aguiada - Sarria

Las corredoiras

Martes, 9 de Junio - 2009

Me fascina oír como cae la lluvia sobre los tejados mientras permanezco tendido sobre la cama. No sé si en algún momento de la noche la lluvia se tomó un descanso, pero desde que estoy despierto no ha parado ni un momento. Los peregrinos que ocupan cinco de las seis camas que hay en la parte superior de la posada Quiroga aún no se han atrevido a moverse de su sitio, mientras algunos mantienen la mirada fija en lo que está sucediendo al otro lado de la ventana, otros prefieren seguir durmiendo hasta que el aguacero amaine. Se podían oír las ráfagas de viento con las que la tormenta combaba los árboles que crecían junto del río Ouribio, enfrente mismo de la posada, en donde el arroyo Laldescuro le cede sus aguas después de haber atravesado un denso bosque de robles y de castaños y de saludado a los molinos ya en desuso de las aldeas de Balsa y de San Pedro. Los truenos retumbaban en las laderas de las montañas, cuando un relampagueo llenó de colores violetas y azules el horizonte. Era alrededor de las cinco de la madrugada, cuando por primera vez miré al reloj y pude oír el repicar de la lluvia en las cubiertas de cinc del aparcamiento, me incorporé acercándome a la ventana, allí seguían apiladas las sillas y las mesas de la terraza del bar y un par de bicicletas de unos peregrinos portugueses que llegaron por la tarde, a última hora. De pronto, después de un relámpago seguido de un ensordecedor trueno, la lluvia comenzó a caer ruidosamente y era tanta que los canalones que la recogían de los tejados no daban abasto, alcanzando con sus chorros el asfalto de la carretera, que de vez en cuando se iluminaba como si hubiesen fuegos artificiales. Un nuevo relámpago cruzó el cielo, miré hacia el puente, donde el río y el arroyo unen sus aguas y descubrí en medio del aguacero a un perro solitario de color marrón claro. Desconozco cuanto tiempo llevaba el pobre animal allí parado, bajo la lluvia. Tan perfecta y nítida fue esa aparición surgida en la negrura de una noche antigua de tormenta, que aún ahora, después de una dura jornada, sigo viendo su escuálido cuerpo de medio pelo, empapado hasta los huesos, sus pequeñas e inquietas orejas escudriñando la noche e incluso el brillo de sus ojos y la enérgica sacudida a que sometió todo su cuerpo para quitarse el agua que llevaba encima, antes de perderse con un alegre trotecillo como una sombra más de la noche.

Sobre la cama esperé a que amaneciese; es curioso cuando alguien te recuerda que los hombres también somos sombras, lo inútil que resulta querer dormirse de nuevo.

En el puente por donde la carretera cruza el río Ouribio, el peregrino tiene que decidir entre dos opciones, la variante que pasa por el monasterio de Samos, la más transitada actualmente y la del viejo y olvidado tramo de San Xil por donde esa noche el perro y su sombra habían desaparecido. Frente a mi tenía la eventualidad de encontrar el paraíso y esa mañana decidí buscarlo siguiendo las huellas del "perregrino" en el camino a San Xil. ¿No era ese perro, el mismo qué dormía apaciblemente la siesta frete a la iglesia de Santiago en Peñalba? Nunca lo sabré.

Hay momentos en el Camino que son impagables, sobre todo aquellos en los que la naturaleza te envuelve y eres consciente de ello, sintiendo su fuerza y su belleza. Cuando ha llovido con tanta fuerza y durante tanto tiempo, basta con que aparezca un rayo de sol para creer que lo que estás viendo es algo nuevo, un espacio recién hecho:
Las aguas del arroyo Laldescuro bajaban con fuerza, las flores blancas de los serbales moriscos (Sorbus aria) que crecían en las partes más soleadas se abrían con los primeros rayos de sol, despidiendo un espeso y agradable olor que como tibias bocanadas perfumaban el camino. Ese espacio recién hecho de un verde deslumbrante, se cerraba y se abría a mi alrededor como un bosque de cuento de hadas, en el que había árboles de luz, prados acuáticos de margaritas en los remansos de los arroyos sobre los que sobrevolaban libélulas y mariposas, donde los ruidos del bosque se daban la mano y se enlazaban sobre mi cabeza deseándose un buen día. Era como un largo y estrecho jardín que se abría durante el día, cerraba al caer el sol, para ser sólo un sueño durante la noche. Un sueño de nombre "corredoira" o corredera por donde transitan y han transitado desde siempre los peregrinos, antiguas sendas amparadas a un lado y otro por muros de piedra, musgos y helechos, castaños y robles milenarios, aldeas con sus pequeños cementerios formando parte del Camino, el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos, pequeños arroyos y manantiales de aguas cristalinas que los cruzan de continuo.

Tengo que decirlo, en esos antiguos corredores hay olores que se escuchan y ruidos que se huelen. En esa frescura húmeda y verde que se abre a los sentidos mientras caminas, me preguntaba de dónde venían esos rumores mezcla de viento, hojas, insectos, pájaros cantores y agua que quieren continuamente decirte algo. La aldea de Balsa, con sus paredes cubiertas de musgo, era a esas tempranas horas de la mañana un gran establo que se oreaba al sol de la mañana, en San Xil vacas, prados y castañares y en el Alto de Riocabo la lluvia lanzó de nuevo su red sobre los escasos peregrinos que caminábamos por una senda de abedules y eucaliptos que llegaba hasta el pueblo de Calvor, en donde finalmente se unen la ruta de San Xil con la que viene del monasterio de Samos, convirtiendo la "corredoira" en un concurrido paseo de feria, que la lluvia y el viento no tardaron en volverla de nuevo en una apacible senda en donde sólo se oía el crujir de las ramas, colocando a cada peregrino en su lugar de origen, en ese espacio singular que cada uno trae desde que comenzara el Camino.

Llego pronto y sin problemas a la ciudad de Sarria, vengo de las aldeas más remotas y me encuentro una ciudad con estación de trenes y una larga avenida llena de coches. Pregunto a unas personas que charlan y me manda calle arriba, hacia donde se ven las ruinas del castillo, a la villa, allí, me dicen, es donde habitan los peregrinos. Duchados y con sus mejores ropas se les ve andar lentamente o apoyados en sus bastones, ya saben donde están las farmacias y los restaurantes donde sirven el "menú del peregrino".

Eran las dos de la tarde y me marche a toda prisa al mercado que una vez al mes hacen junto al castillo. Los puestos de venta de ganado los ocupaban viejos campesinos, los de zapatos y ropa jóvenes senegaleses. Había venido a probar el "pulpo a feira" y me los encontré allí, a los dos, en la pulpería. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaban ya entre los vivos? ...He quedado en ir a cenar con los japoneses, mañana continuaré con ésta otra historia.

****

Pensión Don Álvaro - 19: 00 horas

Sarria - Lavandeira - Mogarde - Portomarín

Miércoles, 10 de Junio - 2009

El pulpo a feira y los santos difuntos

Los alegres difuntos tenían buen apetito, se pusieron a reír y a gastarle bromas a "la pulpeira", una matrona entrada en carnes y ágil como un torbellino que les trajo una ración bien servida de costillas de buey a la brasa y una jarra de vino tinto de Valdeorras. Se reían entre ellos, mientras hablaban en un gallego lleno de refranes y maldiciones. Por su aspecto y por el fajo de billetes arrugados que sacaron para pagarle a la mujer, me parecieron tratantes de ganado. "Así es, le decía el uno al otro, no se puede jugar con esas cosas. Ahí tienes a Osorio el de las Rozas, un dolor en un brazo y se fue. O te cuidas o no hay más días para cortarse el pelo". Llovía y los que terminaban de cerrar sus puestos en el mercado entraban corriendo dentro del amplio tenderete de feria que era la pulpería, donde habían largas mesas de madera en las que cabían bien sentadas ocho personas. Por las cantidad de mesas vacías que había, entendí que llegaba tarde; pero tuve suerte, llegué cuando los feriantes se disponían a comer.

El azar me llevó a sentarme en la misma mesa donde ellos estaban, en el momento en que terminaban sus raciones de pulpo y apuraban una jarra de vino. Ay de mí, dije nada más verlos, el caminar tanto tiempo bajo la lluvia me debe estar matando. Fue entonces cuando apareció para salvarme la señora que atendía las mesas, que en un plís-plás limpió los restos de comida que quedaban de los anteriores comensales, que al verme recién duchado y tan modosito debió de tomarme por un extranjero, dedicándome una de sus mejores sonrisas de mujer madura que conoce muy bien a sus clientes. El punto de cochura del pulpo debía de estar en la nariz de "las pulpeiras" que atendían las dos calderas de cobre, de donde no paraban de salir cefalópodos de color violeta y de todos los tamaños, que en un abrir y cerrar de ojos eran troceados con tijeras de hierro y colocados en platos de madera de álamo, que decoraban con pimentón rojo y un generoso chorreón de aceite de oliva. El pulpo que me sirvieron venía acompañado de unos "cachelos", dos trozos de patatas cocidas que eran mantequilla pura. Y un vino blanco de la parte de Orense que terminó por alegrarme el corazón y a preguntarle a mis vecinos y santos difuntos sobre el tiempo.

En los sueños los muertos no envejecen, sólo sus trajes se quedan algo antiguados. Estaban igual que la última y posiblemente la única vez que los había visto juntos, han pasado más de treinta años y hasta ayer que los vi no había vuelto a acordarme de ellos; los ojos saltones, riéndose sin apenas abrir la boca, serios para hablar de las cosas simples de la vida. Dos de mis bisabuelos maternos, sus abuelos, eran gallegos y algo debió de rondarme por la cabeza para pensar que eran dos almas en pena que iban de camino a San Andrés de Teixido, por aquello de, "vai de morto o que non vai de vivo".

"Va de muerto el que no va de vivo", cuenta la leyenda. Y es que aquellos que no pudieron ir en vida al santuario de San Andrés de Teixido, no pueden entrar en el reino de los cielos, viéndose obligados a peregrinar después de muertos. San Andrés de Teixido está en la sierra de A Capelada, cerca del mar, en uno de los lugares más bellos y mágicos de toda Galicia, que bien merece un viaje aun después de muerto. Vivos estaban los difuntos que tenía a mi lado, con sus cigarros habanos en la boca, disfrutando del café que les habían puesto en el mismo baso en el se habían estado bebiendo el vino y la sonrisa canina que ponían cada vez que se acercaba a ellos la saludable y sonriente camarera; yo tampoco me puedo quejar de ella. Allí los dejé, en animada charla; no sé después qué dirección tomarían.

Sea el "pulpo a feira" con sus "cachelos" partidos por la mitad, sustento para esta dura y extraña travesía que llevo. Ahí estaba de nuevo la mañana, el cielo con sus aguas, un toque de viento y la quietud que a esas horas tan tempranas tenía el hermoso "Ponte Áspera" por el que los peregrinos cruzaban el río Celeiro. De nuevo el ferrocarril y un bosque de robles centenarios, abedules y castaños en el que el viajero volvió a perder la noción del tiempo. Atraviesas Barbadelo, Mouzós, Xisto, Peruscallo y Lavandeira donde el Camino se adentra por verdes "corredoiras" que pasan por Mogarde, donde un letrero te informa de que estamos a 100 Kms de Santiago de Compostela. Cruces verdes de musgo, cruces de hierro, pequeñas piedras haciendo cruces, palitos, hebillas, flores de ésta misma mañana sobre las piedras del muro y en los huecos de los troncos de los árboles. Llueve con fuerza y de nuevo se oyen crujir las ramas de los árboles. En Moutras me encuentro con las cuatro amigas coreanas que se aprietan unas contra otras para salir todas en la misma foto; chillan como demonios al verme llegar, les sacó la foto, gracias said to me.

Al final de la "corredoira" de árboles temblorosos, aparece un gran lago y como si fuese una isla con un pueblo blanco y su iglesia, es el nuevo Portomarín, el viejo quedó bajo las aguas del río Miño. Si no fuese por la lluvia y por el verde intenso que le rodea, diría que el barco estaba a punto de atracar en el puerto de Ibiza. Es un pueblo en serie hecho a finales de los años sesenta al que la lluvia y las nieblas del río le están dando poco a poco ese barniz verdoso y duro que le faltaba. A la entrada, después de cruzar un largo puente, al viajero extenuado le espera un último esfuerzo, subir los cien escalones que le separan de la capilla de las Nieves, la misma que durante siglos recibió a los peregrinos antes de que se adentraran por las calles del pueblo. En el albergue puse las botas junto a una estufa de leña para que se secaran. Fuera continuaba lloviendo y el paisano de la boina calada hasta las orejas al que pregunté, me mandó a la taberna que hay frente al cuartel de la guardia civil. En la modesta cocina de la taberna, una señora y su marido que nada más verme entrar me invitó a que me sentará. Con vistas al embalse y a los movimientos de una bandada de aguiluchos laguneros que sobrevolaban las aguas, probé por primera vez en mi vida las anguilas empanadas y fritas, con un vino de la casa. En las noticias de las tres, aguaceros y fuertes vientos que ya se dejaban oír en los cristales de las ventanas.

****

Portomarín, siete de la tarde.

Portomarín - Ventas de Naron - Palas de Rei - San Xulián do Camiño

Jueves, 11 de Junio - 2009

Cada día que pasa nos lleva más allá

Al mirarme ésta mañana al espejo creí que me había confundido, me encontré estropeado. Los ronquidos del viejo zorro que tenía por vecino apenas me habían dejado dormir; es una guerra que desde el primer día tengo perdida en todos los albergues por donde he pasado. Así, que me fui directo a la ducha nada más ver en el reloj que se acercaba la hora de levantarse. Con el agua bien caliente y jabón me froté con fuerza, me peiné sin mirarme al espejo, me daba miedo de encontrarme de nuevo con aquellos ojos redondos y rojos como tomates que se parecían a los míos.

Cuando apenas me había bebido un tercio del chocolate que había sacado de la maquina, apareció por el comedor en pijama, cojeando y con el pelo revuelto, el viejo zorro venía de mear y le apetecía fumarse un cigarro antes de irse de nuevo a la cama; era el mismo que ayer me recomendó la taberna cercana al cuartel de la guardia civil, un vasco de Estella, mejor dicho, de Lizarra, que a sus 65 años había decidido hacer el Camino de Santiago. Me enseñó las botas que se había comprado en el Carrefour y el esguince de tobillo que se había hecho hacía dos días cerca de Mogarde. Era un armario de roble que cojeaba, maldiciendo a la sanidad pública gallega que cansados de él lo enviaban a Lugo para que le escayolasen la pierna. Hasta las diez no salía su autobús y una vez fumado el cigarrillo se fue de nuevo a la cama. ¿Quieres qué le diga algo al apóstol Santiago cuando llegue?, le pregunté medio en broma. " ¡Dile, dijo alzando la voz, que no me toque los c.! ".

Me quedaban sólo cuatro días en los que nada malo me podía ocurrir. Toque madera y salí a la calle, había llovido durante toda la noche, pequeños arroyos bajaban del pueblo buscado el río, a esas horas tan tempranas la pasarela sobre el embalse del Belesa, así se llama el embalse que rodea Portomarín, estaba llena de peregrinos que buscaban la salida del pueblo. Me quedé mirándole un rato, cebó su anzuelo con una lombriz y lo lanzó desde la pasarela al centro del embalse, con los ojos fijos en la boya esperó a que picaran. Los peregrinos que pasábamos a su lado éramos como sombras para él, mientras subíamos ladera arriba no vi en ningún momento que se moviera o hiciese gesto alguno. Las nubes se espesaron, eran jirones de niebla que descendían buscando el cauce del río; finalmente el pescador desapareció de mi vista.

A las plumas de la currucas mosquiteras (Sylvia borin) no las destiñe la lluvia, son de un gris claro, blancas la de su garganta y rojizas las de sus alas, cuando advierten la presencia de algún peregrino lanza notas de alarma, un "zek-zek" al que le sigue un prolongado "charrrp" con el que se pierde volando en la espesura. Pero el habitante más distinguido de los bosques gallegos es el cuervo, pájaro negro que a pesar de su mala fama no le gustan los lugares oscuros y tenebrosos, prefiere la luminosidad de las orillas del bosque, junto al maizal, cerca de las chimeneas de las casas que huelan a morcilla asada y a leche recién hervida. Aunque le veamos serio, le gusta con su "croc-croc" saludar a sus vecinos mientras hace piruetas en el viento en compañía de sus hermanos, caminar dando saltitos por los prados recién segados mientras se va echando al buche los saltamontes y los grillos que se le cruzan por su camino. En Ventas del Narón me encontré con tres de ellos que estaban en las ramas de un árbol, desde su atalaya

miraban hacía abajo muy serios, sin perder detalle, eran sin duda alguna los que llevaban las cuentas de los peregrinos que por allí pasaban.

Eran ya las once de la mañana y aún me quedaba más de la mitad del camino hasta Palas de Rei. No sé si el viento de cara era culpable de mi retraso, lo que sí estoy seguro es de que la lluvia fue la que hizo que hoy me olvidara de las canciones de Antonio Molina y me arrimara al repertorio amoroso de Armando Manzanero. Horas debí estar cantando aquello de, "esta tarde vi llover, vi gente correr y no estabas tú", tantas veces, que terminé medio loco. Así que me puse a gritar viejos nombres que me venían a la cabeza, Cristeta, Antonio, Anita, Gabrielillo, mi madre, mi padre, tíos, primos, hasta los nombres de los perros y los gatos que pasaron alguna vez por mi casa. De nada me sirvió recordar sus nombres, terminé poniéndome triste y cruzar las aldeas de Os Lameiro, Ligonde, Eirexe como un alma en pena. No hay cuerpo, que no sea gallego, que aguante tanta lluvia seguida.

Cansado como un perro estaba cuando llegué a Lestedo y al cruce de Vilar de Donas, era sólo un pequeño desvió, poco más de un kilómetro, pero quién no daba un saltito hacia la derecha para visitar la iglesia de San Salvador (s.XI), uno de los lugares mágicos por los que antiguamente pasaba el Camino de Santiago. Que hermoso territorio virginal donde entré, una "corredoira" en la que había centenares de espinos florecidos, donde los arroyos de agua clara me salían al paso e interrumpían constantemente mi camino. Salí, asomándome a una aldea y a un lugar tan natural que al preguntarle a una vecina si la iglesia estaba abierta, me contestó, "la mañana acaba de comenzar". La visita acababa de comenzar en San Salvador de Vilar de Donas donde el granito gallego imponía su presencia, impregnado de agua, líquenes y musgo. Tras la estrecha puerta por donde entré, me esperaban viejas estatuas de caballeros de la Orden de Santiago y de retratos en la pared de donas de miradas melancólicas, que amablemente le pedían al viajero, que se quedara un rato más con ellos, que allí fuera continuaba lloviendo.

Las ranas cantaban dentro de mis botas y si hubiese echado un anzuelo algo habría pescado también dentro de la mochila. Entré en la única taberna que hay en el pueblo de Vilar de Dona, olía a café y a orujo de aguardiente, pedí me sirvieran un trozo de la empanada que acababa de dejar el panadero ambulante que va por estos pequeños pueblos repartiendo el pan, y que pan Dios mío, merece la pena pararse y ver las hogazas y las barras de pan de centeno que llevan dentro de sus furgonetas. Un café con leche calentito y a la marcha, no había terminado aún, cuando enfrente del bar paró un taxi que traía unos peregrinos que querían ver la iglesia de San Salvador, le pedí al taxista si me podía acercar hasta Palas de Rei, eran sólo cuatro kilómetros y seguro que el apóstol Santiago lo entendería. Antes de que me dejara en el pueblo, le pregunté si conocía un albergue o posada en donde pasar la tarde y la noche, y me llevó a uno de los albergues más acogedores del Camino, "O Abrigadoiro" en San Xulián do Camiño.

Teníamos fuego en donde secar la ropa y a Clotilde la tímida y risueña cocinera que nos contó una historia de meigas, mientras saboreábamos su delicioso caldo gallego.

"O Abrigadoiro" - San Xulián do Camiño

San Xulián - Furelos - Melide - Ribadiso de Abajo

Viernes, 12 de Junio - 2009

O Abrigadoiro de San Xulián

Ocho pares de botas y una gran cantidad de ropa mojada secándose a la lumbre del hogar al que el posadero no para de vigilar echándole leña seca de roble y de pino. La lluvia y el viento no habían permitido que entrara en calor en todo el día, así que nada más arrimarme al fuego me quedé como un gato viejo junto al rescoldo, mientras Juan el posadero preparaba una taza de cola-cao con leche caliente, bajo un palio de jamones y chorizos que curaban de la humedad gracias al calor y al humo que desprendía la candela. Dimos vuelta a la ropa que había tendida en la sillas y de paso Juan les fue preguntando a los peregrinos que se habían sentando en la larga mesa, alrededor del fuego, de sí iban a cenar. Una pareja de alemanes, una chica noruega, las tres jóvenes de Corea del Sur con sus inseparables ordenadores portátiles y la "bellezza ridente" de Trieste que apareció a última hora empapada como una sopa.

Juan tiene el cuerpo pequeño pero proporcionado, piel blanca y el pelo que una vez fue rubio, alborotado y canoso, sus ojos azules lagrimean constantemente, lleva dos años yendo a la clínica del Dr. Barraquer en Barcelona, es dueño de la posada y de alguna casa más de la aldea de San Xulián, nacido en Ceuta a igual que su exmujer, una española de origen indú, con la que tiene una hija de una bellísima voz y de la que me mostró el último disco que había grabado con canciones de Franz Schubert. Me conmovió verle llorar mientras oía "Sueño de primavera", "Frühlingstraum". "No hay palabras para testimoniar la tristeza que me entró cuando mi mujer me dijo que me dejaba", me dice. "Vivíamos felices en Tarragona, donde no nos faltaba de nada". Se pasó al otro lado del mostrador, para continuar llorando y para que no le viesen los peregrinos que acababan de entrar. San Xulián es una aldea de trece vecinos y veinte vacas, una iglesia románica con un pequeño cementerio y una hermosa y alta chimenea de piedra esculpida, restos de un antiguo pazo, que al igual que la posada de Juan, es patrimonio cultural de todos los gallegos.

Poco antes de las cinco de la tarde y después de aparcar su coche en la puerta, entró Clotilde, tan limpia, tan redonda y pura como una manzana, pasó con sus alegres caderas, cargando lechugas, tomates y frutas al interior de la cocina, donde nada más entrar se colocó un mandil sobre el vestido negro que llevaba, saliendo poco después a saludarnos y ha prepararse un café, mientras Juan me mostraba las radiografías de sus ojos en donde se apreciaba la perdida de fibra nerviosa de las retinas. Su padre ya tubo un glaucoma ocular y él teme lo peor, quedarse ciego como él. "Cariño meu", le dijo Clotilde para animarlo, mientras le rodeaba cariñosamente con sus brazos. "Ella, dijo risueño señalando a Clotilde, también tiene una vida escondida, que debería de contarte". Se levantó y dejó entrar a un par de gatos que llevaban toda la tarde en la puerta del bar resguardándose de la lluvia, Clotilde entró en su cocina, de donde no volvió a salir hasta que no tuvo la comida preparada y a todos los comensales sentados a la mesa.

Comimos todos juntos, como si de una gran familia se tratara, primero un delicioso y perfumado caldo gallego, luego una gran ensalada de lechuga y tomate, acompañado de unos filetes de cerdo que habían estado en adobo toda la mañana. Juan cambió la música de Bach que había estado sonando por el "Gracias a la Vida" de Violeta Parras en la voz de Mercedes Sosa. Gracias a Clotilde y a Juan que nos dieron de comer y nos ofrecieron su amistad.

"Chove miudiño", llueve suavemente, añadió Clotilde mientras nos contaba que había estado nueve años trabajando en Bad Schwartau, en una conocida fábrica de mermeladas y confituras en el norte de Alemania: "Entonces yo era joven y no le tenía miedo a nada, trabajaba de día y de noche y ahorré todo lo que pude; allí las tardes de los domingos eran tanto o más lluviosas que aquí en San Xulián. Me vine por que mi hijo cumplió un año y aunque la fábrica tenía guardería, me resultaba difícil seguir allí. También estaba mi madre, que me necesitaba. Compré una casa en Palas de Rei y nos mudamos, en verano nos veníamos a San Xulián y aquí me pretendió un primo segundo, ya se sabe, en estos pueblos todos somos parientes. Eran algo más joven y muy guapo; ahí, en la ermita de San Julián nos casamos. Todo iba bien, hasta que se compró un coche y le dio por irse A Coruña donde había hecho la mili. A veces tardaba días en aparecer y cuando lo hacía siempre venía enfadado, y a mi hijo no lo quería mucho, bien mirado, nunca lo quiso. Se gastaba el dinero y pretendió hasta vender la casa de mis padres. Eso debe ser que tiene a otra mujer, me dijo mi madre. Entonces me fui hasta Souto, a consultar con una "meiga", a una mujer que al parecer entendía de estas cosas. Le puse erizos de las castañas y unas hierbas que me dio dentro del coche, que no le quitaron las ganas de viajar. En otra visita me preguntó, si cuando él estaba conmigo había moscas en casa. Durante un tiempo lo estuve observando; fue con la llegada del buen tiempo cuando aparecieron las moscas verdes que ella me decía. Eran las mujeres que con él andaban. Conjúralas, me dijo, pegándole a las moscas con una rama de abedul o de álamo blanco, dale hasta que las mates, y así lo hice. Recuerdo que fue un jueves cuando se fue para A Coruña; ya no volví a verlo con vida".
"

"Eran tiempos viejos y la flor..." Clotilde se levantó cantando de la mesa y le dio volumen a Mercedes Sosa que ya cantaba esa misma canción, "Zamba para no morir". Sólo en el Camino se dan ésta clase de historias confidenciales, los oyentes desaparecen durante la noche y las historias se perderá con sus pasos.

Desde que salí de San Xulián la lluvia no ha parado de caer. La lluvia aquí en Galicia es otro espacio en el que conviven los prados, los árboles, los animales y las personas. En Furelos me encontré con una anciana que bajo su paraguas hacía frente al aguacero y que sin apenas mirar al suelo esquivaba los charcos y los barrizales con una maestría que para sí quisieran los peregrinos; iba andando hasta el ambulatorio de Melides que distaba a dos kilómetros de su casa. Le dije que no vendría mal un poco de sol y de buen tiempo. "Lo que yo le pido a la vida es un poco de salud", me contestó riéndose. En Raído el Camino se interna por un bosque de eucaliptos y robles que con la oscuridad del día sobrecoge, sobre todo al ver la cantidad de cruces y montoncitos de piedra que han puesto los peregrinos a su entrada. Presiento como ellos los rastros del maligno y como no sé qué rezar, cojo un par de ramas y hago mi crucecita. Después de mucho andar, aparece el río Iso, un puente y el antiguo hospital de peregrinos de Ribadiso (s.XV), lugar en donde tengo pensado pasar la noche: abro la ventana que da al río y entra la fragancia de los eucaliptos jóvenes y de los alisos en flor.

**********// **RIBADISO DE BAIXO** //**********

Ribadiso - Arzúa - Calzada - Boavista - Brea - Arca do Pino

Sábado, 13 de Junio - 2009

Esto se acaba

En la mesa en donde escribo, tengo dos clavos oxidado de herradura que encontré en las ruinas del monasterio de San Pedro de Montes, en la Valdueza, cuando los he sacado de la bolsa donde los guardaba, los he agitado en el hueco de la mano y los he dejado caer sobre la mesa, después he querido leer en ellos mi porvenir sin resultado alguno. Cuando los cogí del suelo vi en ellos, en sus puntas retorcidas y en sus cabezas como si fuesen pequeños cubos, las dimensiones del espació y del tiempo. Para ser sincero, desde siempre me han llamado la atención los clavos de las herraduras y éstos dos que tengo aquí, sobre todo, por que han sido testigos y viajeros de otro tiempo.

Lo que me asombraba del albergue de Ribadiso (s.XV) eran los vestigios de lo que había sido, sus paredes de pizarra y los cantos rodados del río Iso que casi lo abraza de tan cerca que están el uno del otro, el rumor de las aguas que venían crecidas y que preocupaban al hospitalero de que saltarán el puente y dejaran aislado a los peregrinos al otro lado, sin poder llegar al pueblo; según nos contó esta mañana, a los últimos hubo que acomodarlos en colchonetas en las escuelas y secar sus ropas en la estufa de leña, hasta bien tarde.

Esta mañana, con las primeras luces las colinas arboladas que rodean el pueblo y el antiguo hospital para peregrinos me parecieron más altas. Tomé el camino sin necesidad de flecha alguna, como el burro viejo que sueltan y va directamente a su pesebre. Ayer cuando vi el mojón kilométrico, con su concha de peregrino, recordándome que sólo faltaban 40 kilómetros para llegar a Santiago, me quedé parado un rato; viejo, me dije, este viaje se acaba.

Todo en la vida se actualiza y cambia, sin embargo en el Camino sigue habiendo momentos y lugares que parecen haberse descolgado del tiempo, de que la eternidad, de alguna manera, se ha instalado en ellos. Es una realidad que se vive y que a la vez se apropia del viajero. Esa realidad está cerrada para los que están fuera; de eso me di cuenta en Logroño, cuando veía pasar a los peregrinos, mientras yo sentado en el autobús regresaba a casa. El peregrino cuando comienza andar en ésta ruta milenaria, se apropia de una parcela en la que se instala creándose la ilusión de una morada. El temor llega en el momento en que sabes, que a esa morada, nada más pisar Santiago, le será asignada a otro viajero.

Todo lo que respiraba esta mañana, todo lo que tenía apariencia de ser parte del Camino se abría de nuevo y me invitaba a participar de su memoria, a la que con mis pasos yo contribuía. En realidad, me confundía ya con la nostalgia que me inspiraba la pérdida de todo esto. Dejé atrás Ribadiso de Baixo y entré en Ribadiso de Riba, crucé el pueblo de Arzúa por la Rúa do Carme y allí me estaban esperando como de costumbre los verdes prados, los huertos y un robledal de pájaros cantores que daban las gracias por la tregua que les había dado el cielo.

Manejar las nubes no es mi oficio, sin embargo soy experto, sin quererlo, en caminar bajo la lluvia y encajar con alegría las ráfagas de viento que le acompaña. Hoy no me apetecía obligar a las nubes a que se marcharan en dirección contraria, así que les saludé nada más aparecieron por las aldeas de Cotorbe y Pereiriña, en donde los arbustos de mundillo (Viburnum opulus) con sus bolas de flores blancas como la nieve, se adueñaban de las casas sin tejado y de los corrales abandonados. Con la lluvia me entraron ganas de cantar y recuperé canciones del carnaval de mi pueblo y con la de "Si se calla el cantor" de Mercedes Sosa anduve no sé cuanto tiempo liado.

Hoy no tenía prisa: llovía sobre la N-547, sobre los tejados de Boavista y de la Salceda, sobre las vacas rubias galegas, sobre los campos de patatas y de maíz. Llovía sobre un cura con sotana y su prole en el Alto de Santa Irene, junto a su ermita, ignoro sus oraciones y aunque no estoy acostumbrado a remar contra el viento, di gracias al Señor por que la lluvia siempre es buena para los campos.

En la corredoira que une Brea con Cerceda el fuerte viento y el agua habían derribado un viejo castaño que apoyaba sus raíces contra uno de los muros de piedra del camino; hoy terminaron sus días. Que duro es ver caído e indefenso a un árbol de su tamaño. Ocupaba todo el camino, era una muralla verde de hojas y de musgo. Era como un templo silencioso, una sombra en un día sin sol. Rodeé su tronco como si fuese un altar, mientras pasaba entre sus ramas de un lado al otro para continuar el camino.

No puedo quejarme, lave la ropa y la sequé, plegada y en la mochila, la mayor parte de ella ya no me hará falta. Muevo los clavos dentro del puño de la mano, lo dejo caer sobre la mesa, y que el niño Dios me perdone: Rabito de lagartija, hoja de perejil, trocito de pan tierno...

Van a dar las ocho y no es que ignore mi páncreas ni el hígado, a esa hora abren en el restaurante Regueiro de Arca do Pino donde me espera un caldo bien calentito y unos lomos de merluza a la gallega. Quedan sólo 18 kilómetros, esto se acaba.

****

Albergue de Arca do Pino, 130 peregrinos abordo

Arca - Santiago de Compostela

Domingo, 14 de Junio - 2009

Santiago es un lugar al que se llega

La vida de cada ser humano es un misterio, no sé cuantas veces en éstos días, como espectador que veía pasar a la gente, lo había pensado, la novedad es que hasta hoy, yo, no me había incluido. Imagina una ciudad antigua, una ciudad de piedra y musgo como Santiago, en un día soleado como fue el de hoy, ver pasear a sus vecinos con la alegría de un día de verano, donde el sol seca el agua que aún chorrea por las paredes de sus casas, de su catedral y de los árboles de sus jardines. Ver como deambulan los peregrinos de un lado a otro sin saber que hacer, te reconocen y te saludan la primera vez, luego, entienden que andas perdido como ellos y dejan de verte. Lo último que recordamos, antes de perder el conocimiento, es que hemos vivido en un sueño.

La mañana comenzó de manera algo extraña, el santa, santa María me era familiar, pero me resultaba raro. No eran aún las seis de la mañana, cuando un grupo numeroso de peregrinos franceses, que habían pernoctado en un hotel cercano, pasaban por la puerta del albergue, cantando el "Rosario de la aurora". Siempre había creído, que este tipo de cantos eran sólo patrimonio folklórico de las beatas de mi pueblo. Había prisas por llegar a Santiago. Así de sencillo, recojo mis cosas y me despido del dormitorio comunitario; echaré de menos los ronquidos, el olor a humanidad, a pasta de dientes y a crema contra los dolores musculares, las antiguas, las que huelen a menta y alcanfor. Así de sencillo, sales y cierras la puerta del albergue, sin pensarlo, y cuando te das cuenta de los que has hecho, es demasiado tarde.

El viento empujaba las nubes y a la oscuridad que quedaba de la noche. Cuando salí, aún pude ver algunas de las últimas estrellas y lo que creí eran estrellas fugaces, las luces de los aviones que despegaban del aeropuerto de Lavacolla. Andaba como alelado, sin ganas, sin embargo tenía que llegar a Santiago antes de las doce, hoy era domingo y si quería conseguir mi "Compostela", tenía que darme prisas. Dieciocho kilómetros no son nada y si el buen tiempo acompaña, mucho mejor. Lo que andaba buscando, estaba ahí a un tiro de piedra. Ninguna guía advierte al peregrino de que te vas a encontrar con carreteras y autopistas, urbanizaciones de adosados, antenas parabólicas de la guerra de las galaxias y a los peregrinos que todas las mañanas te cruzabas sin una arruga en sus atuendos a lo Indiana John, saliendo del hotel "Holiday inn" cercano al aeropuerto, limpios y desayunados. Como dicen por mi tierra, llegué "traspuesto" al tan esperado Monte do Gozo. A éste monte que en su día fue hermoso y acogedor le han matado su aura; lo último que recuerdo antes de quedarme medio turulato es el disparate, tipo ciudad de Las Vegas, del monumento en honor al papa Juán Pablo II que corona el "monte de la desilusión". En cualquier caso, hay que continuar andando; veo como el sol también se ha acercado ya a la ciudad.

Hoy es festivo y la ciudad está aún en calma, son las once y me encuentro en el barrio de Cocheiros, lugar en donde antiguamente se vendían las conchas a los peregrinos, apenas hay tráfico y después de mucho buscar, encuentro una indicación que me lleva

por la Rua de San Pedro, y ahí estaba ella esperando a los peregrinos, la vieja ciudad, con el espacio recién hecho de una mañana soleada de domingo. Hay olores que se escuchan y que salen de las cafeterías y de las panaderías; aromáticos ruidos en los que no me puedo entretener. En la calle Platería hago cola, muestro mi credencial sellada a lo largo del Camino y me entregan "la Compostela", el documento que acredita que he hecho la peregrinación. Dejo la visita al Apóstol Santiago y al Pórtico de la Gloria para más tarde, en esos momentos había misa con "bota fumeiro" y las colas para entrar llegan hasta el centro de la Praza do Obradoiro. Me desplazo a la deriva en busca de un taxi que me acerque hasta el antiguo seminario de la Salle, convertido en hostal, en donde tengo reservada una habitación. Mi cuerpo entero como un caracol se adapta feliz a la pequeña cama y al estrecho habitáculo que le han asignado. Una ducha caliente que relaja, saco de la mochila la ropa que tenía reservada para este momento, salgo a la calle, en donde mi cuerpo poco a poco va encajando, aprovechándose de los oídos, los ojos y de los mismos pies que le han traído hasta aquí. Sé que mis pies lloraron en secreto nada más pisar la calle, al echar el paso de los días laborables que ya tenían olvidado.

Camino de la Catedral paso por la iglesia de Santa María Salomé (s.XII), la única iglesia en el mundo dedicada a la madre de Santiago, el pórtico ocupa parte de la calle, es pequeña y el interior es como el regazo de una madre, había ramos y guirnaldas de flores, terminaban de celebrar una boda, aún merodeaban por allí los invitados con sus trajes de Zara y Adolfo Dominguez. La catedral de Santiago fue una de las catedrales más grandes y perfectas de su tiempo y aún hoy sobrecoge a los visitantes, sobre todo el llamado Pórtico de la Gloria (s.XII), obra del maestro Mateo, la expresividad y el dinamismo de los personajes que la componen merecen más de una visita. Eran las tres y media de la tarde, después de haber dado los tres cabezazos sobre la columna en la que se sustenta el apóstol Santiago, "o santo dos croques", el de los coscorrones, entré en la iglesia, donde reinaba el silencio propio de una tarde calurosa de verano. Detrás del altar mayor, se encontraba la estatua románica del apóstol, forrada de adornos de oro y plata, subí las escaleras y como si de un amigo se tratara le di un abrazo, vigilado de cerca como estaba por un viejo monaguillo de túnica color del azafrán y cabeza rapada, que parecía la reencarnación de un lama, que al marcharme volvió a cerrar los ojos, para continuar con su siesta.

A veces uno pide a solas algo, algo que le consuele, yo al Apóstol le recordé una lista de nombres y le hablé de todos ellos durante el tiempo que estuve sentado frente a su tumba, que se encuentra debajo del altar mayor. La mayoría de los nombres que le di están ya sólo en la memoria de algunos y yo era en esos momentos el único resucitado allí presente, así que le recordé algo de sus vidas sin apenas abrir la boca. Mientras el monaguillo dormía como un lirón, di un vuelta a su iglesia; es tan alta, que sólo con dificultad se perciben las luces de colores que entran por las ventanas del techo, ¿qué verían en esos techos tan alto los peregrinos de antaño? Tengo una estampa de fray Leopoldo de Alpandeire que perteneció a mi madre, la introduzco en una pequeña alacena escondida que hay detrás del santo, la dejo caer y la empujo con la mano para que estén más cerca el uno del otro, tropiezo con algo que ya estaba allí y que se viene con mi mano, una estampa, esta vez de San Antonio de Padua, que sin querer se queda conmigo. Nunca había visto un cielo tan azul y ni tan limpio; la ciudad de Santiago me llamaba a voces.

A las 7 y 30 he quedado a cenar con los amigos japoneses Reiko y Yukio y una pareja de alemanes que comenzaron el Camino en Saint Jean Pied de Port el mismo día que ellos y que tuve la suerte de conocer en Triacastela. Paseamos un buen rato por la ciudad hasta llegar a "Casa Ana" en la Rua del Olvido, que alguien le había recomendado a uno de ellos. Estábamos cansado, pero con ganas de alargar el día. Ellos se marchaban el martes en un vuelo directo a Frankfurt, mi tren sale mañana a las nueve y media. Apretábamos los labios contra el borde de las cucharas, para que no quedase ni un granito de arroz, de la cazuela de arroz con congrio y rape que nos habían preparado. "Cosas como éstas lograrán que un día el corazón se me pare", dice Reiko en un alemán lento y divertido. Al otro lado de la ventana, las últimas luces del día y la vieja ciudad de Santiago. Las manos de Yukio se alzan con su copa sobre la mesa como si fueran a decir una profecía. Traduce Reiko: "Die unwiederbringlichen dinge sind es die uns verbinden durch all di Jahre". Yukio duda de que él haya querido decir eso tan largo y tan dificil. Risas. Traduzco: "Son las cosas irrepetibles las que nos unen al paso de los años". Pero todo cae en el olvido o casi todo. Amigos, otra botella más de ribeiro, de "Adega do Moucho". Brindamos y repetimos una vez más :¡Buen Camino!

Mañana quiero levantarme temprano una vez más, caminar por Santiago, desayunar tranquilo, leer la prensa, todo, antes de que el tren salga camino de Burgos.

Ya por último : Santiago es un lugar al que se llega andando.

****

Santiago de Compostela, domingo 14 de Junio de 2009